

CONCEPCION, 14 de noviembre de 1884

LOS SALVAJES DE LA ARAUCANIA Y LA DIGNIDAD NACIONAL!

Dice el Sr. Domínguez en su libro "Los salvajes de la Araucanía..."

Es en nuestro favor el que los hechos vengan a sancionar nuestros asertos.

Habíamos principiado a escribir un movimiento de otro estímulo que de los grandes intereses que la cuestión de indígenas encierra para el país...

En nuestros anteriores artículos hemos dicho para probar la falsa o ambigua situación en que nos encontramos respecto de la Araucanía...

"Arauco pertenece a Chile en la carta geográfica y sin embargo el Gobierno tiene tratados con los jefes de aquel pueblo y el territorio es tratado ni más ni menos, como a nación extranjera."

He ahí dos hechos completamente incoherentes el uno con el otro y que por lo mismo enjendran para Chile una situación única, especial, sin imitación en parte alguna del mundo.

Chile no es dueño sino en nombre de un inmenso territorio con quien mantiene tratados de amistad, y que son violados a cada paso sin que nosotros exijamos satisfacción alguna como lo haríamos de cualquier otra nación.

Chile a más paga crecidas rentas a los mandatarios de aquel territorio y sin embargo esos consules pagados por el Gobierno, no reciben sus instrucciones, ni obedecen las leyes del Gobierno que los paga...

Seguendo el examen de lo que hapur-

ta para nosotros el que Arauco sea nuestro en la carta geográfica y ajeno territorio de hecho, tenemos que...

Chile por el buen gusto de llamar suyo ese inmensa territorio, se hace responsable ante el mundo entero de las piraterías que pueden cometer los bárbaros habitantes de ese suelo.

Chile reclama como suyo el territorio y entonces su responsabilidad no tiene límites, o dice que no es solidario de actos de bárbaros que no están subordinados a sus leyes...

Así Chile paga algo caro, no ha dado, el buen gusto de llamar suyo ese territorio que no es nuestro en realidad y que además, nos gasta un tercio de nuestras rentas para garantizar de sus males y piraterías que no podemos impedir tampoco por más que nos sacrificemos para conseguirlo.

Casi no cabe duda que el ejército que Chile mantiene es en realidad consagrado solo a la vigilancia de las fronteras. Eso cae de su peso al ver que Chile está en completa y estrecha amistad en el extranjero, y en paz Octaviana en el interior de la República.

Para probar esto mismo decía con mucho acierto el señor Sarmiento en 1849 en la Crónica. "No es poca fortuna que para Chile haya suprimido la providencia dos costados poniéndolo el mar al Oeste y un desierto al Norte."

los estados y mostrar que una guerra es de todo punto imposible. Chile no atraería los Andes por la razón sencilla que rozaría mucho dinero, y no hallaría cosa que le reanudara de sus costas.

Para quien pues mantiene Chile un ejército en pie de guerra sino es para los Araucanos? Quien es causa sino la Armaria, de que la nación gaste un tercio de sus rentas en mantener un ejército que al fin no basta a garantizar de los desmanes de los bárbaros?

Chile además, pretende comprar la paz con los indígenas, mediante la renta que paga anualmente a los mandantes de Arauco. Eso únicamente en más los gastos que se hacen manteniendo un ejército para la Araucanía, no produce sino efectos negativos y contrarios al intento.

Los salvajes creen que los pagan por los servicios que les prestan, creen firmemente los pagamos esa tributa anual para que no nos invadan, dándose este tal arrogancia y superioridad que no juzgan que deben tratarse sino como a inferiores que temblan al aspecto airado de un superior.

Tenemos todos contesten por lo que conocemos de los Araucanos, que ellos estiman el suelo pagado por el Gobierno Chileno, mas en el punto honorífico en el pecuniario. Se encamaban de tener una renta anual de un Gobierno cuyas leyes no son las suyas.

el fin de hacerlos ver según se dice nada fuerza, y para ellos con el solo objeto de festejarlos y prestarles toda clase de agasajo.

Es en consecuencia lo hemos dicho ya bien de honor al Cacique Arcauco que se le da un estorzo la idea de que se le tocan y que por eso se le paga y se le considera de esa manera.

Ha aquí como la nación a más de un ejército para los Araucanos gasta rentas para los Caciques produciendo esto doble mal efecto. Nada fuera comprar el orden y la paz con algunos miles, pero esos miles son recibidos por los salvajes de otra manera, es decir como tributo pagado a su supremacía sobre nosotros.

Más todavía, ¿Cómo no han de crecer los bárbaros que los temerosos y que consideramos la Araucanía como poderosa nación extranjera, si además de pagados rentas, sus tentos tratados con ella como de potencia a potencia?

Y como no hemos de decir que Chile no tiene sino en nombre el derecho sobre la Araucanía, cuando la Francia y la Inglaterra celebran tratados con los araucanos en vez de hacerlo con nosotros en asuntos de aquel territorio?

¿Cómo no hemos de decir que Chile no tiene sino en nombre el derecho sobre la Araucanía, cuando la Francia y la Inglaterra celebran tratados con los araucanos en vez de hacerlo con nosotros en asuntos de aquel territorio?

¿Cómo no hemos de decir que Chile no tiene sino en nombre el derecho sobre la Araucanía, cuando la Francia y la Inglaterra celebran tratados con los araucanos en vez de hacerlo con nosotros en asuntos de aquel territorio?

En la parte mas alta de este llano se ve una cruz alta en medio de las espesuras ramadas que sirvieron hace poco tiempo para un parlamento al que acudieron mas de mil indios, y se celebró un tratado con los consules ingles y frances en virtud del cual se comprometieron aquellos a entregar con seguridad todos los pájaros franceses e ingleses que la tempestad botase sobre las playas de la Araucanía.

Chile, pues, no es mas dueño de Arauco que los Reyes de Inglaterra que se titulaban todavía Reyes de Francia e Inglaterra &c. ni que los principes de España titulos Reyes de las Españas, las Indias y todas las Américas &c.

Arauco es Chile y sin embargo la Francia y la Inglaterra pesan por sobre él, para le a hacer tratados con los indígenas de la Araucanía y el mismo Chile los acompaña, como quien no hace la cosa, a hacer tambien sus tratados por su cuenta.

Oligamos en seguida lo que dice el Sr.

FOLLETIN.

EL SACRISTAN.

(Continuación.)

A la verdad es cosa de alabar a Dios como está en la lengua de Horacio y del misal romano. Unas veces escuchillo la prosodia, y al entonar el introito, que dicen *causa videre*, dicen con mucha gracia *causa*, a riesgo de tener un lance pasado con algun esjo espadachin: otras veces junta las palabras y donde dice *laro, rigo*, entona todo junto la barriga, escandalizando a toda la iglesia y asustando a las recién casadas.

Pero sus es mas arrojado el modo que tiene de cantar el Gregoriano.

Id sino a misa mayor, principalmente en aquellos pasillos donde componen la jenta de iglesia el Cura y el Sacristan. Este no abandona la sacristia hasta que el señor Cura se haya revestido, y entonces sale frotándose las manos rápidamente y repartiéndolo cabezales y cortinas al alcaide y a la alcaidesa, al mayordomo de fábrica y a la mayordomessa.

lera el domo ghispa, y si esta es heder, viene a causar sobre poco mas o menos el efecto que un coro subterráneo en una opera seria.

Segue el Sacristan impávido en su canto, suéda lo que quiera, pues todo se reduce a injerir por via de recitado y sin perder compás algunas advertencias reducidas en pequeñas cláusulas expresadas con una rapidez y valentía, que le son peculiares. Si al monago, por ejemplo, se le cae una ascua del incensario, el Sacristan sin interrumpir el *Gloria in excelsis*, se lo advierte a voces desde el coro en esta forma:

—Recoje esa ascua, bárbaro!... *Lau... datus... ite...*

—¡Maldito, que se quemó la alfombra!... *Bona... dici... muste.*

—Ya te aseguro que en bajando!... *Gracias agrinas tibi.*

Llega por fin el momento de la epistola, que pertenece al Sacristan, de rigor, cuando la misa no es de tres es viñga. Aquel momento es delicioso para el Sacristan: deja el órgano, se acoma a la barandilla del coro, y lanza una mirada escrutadora sobre el concurso, que tiene a sus pies. A veces la mirada escrutadora de que vamos hablando contiene revelaciones interesantes para el Sacristan, que por supuesto está al corriente de toda la chimografía de la parroquia: a veces tambien estas revelaciones no suelen ser muy satisfactorias. Al hojear, y, g. la epistola de una virjen y mártir observó, que

el alguacil está haciendo toncas con mucha devoción a la bizca su vecina, la cual tiene empujada al Sacristan la cuarta parte, nada mas, de una palabra de ensuciamiento. Al mismo tiempo la presunta novia mira hácia el altar, pero el Sacristan que conoce muy bien las miradas de las bizcundosas, se penetra al punto de que no es al altar lo que realmente mira, sino mas bien la esquila del boco de la justicia. Abrasado de celos ni aun encuentra la epistola, pero como sabe su principio entona con voz temblorosa y compausada el consabido *justitiam ferlem quis invenit?* y sigue repitiendo la misma entre dicadas y en tono epistólico. En esto el alguacil tose, la bizca responde con un estornudo violento, el cura dice por lo bajo *Domine robiscum*, Dios es tenga de su mano, (traducción libre) y el Sacristan no pudicose ya sufrir mas, cierra el libro de un golpezaro y concluye en el mismo tono con voz sepulcral, *¡ego malitiam ferlem non invenit!*

Este canto del Sacristan nos conduce por la mano a juzgarle bajo su aspecto artistico, si es que ya no estamos en él, presenciando de otras cosas, que tocan y atañen al Sacristan, para considerar mejor las cosas que el Sacristan toca y atañe.

De música, poetas, pintores y lecos, dice el refran, que todos tenemos un poco: si esto es cierto todos tenemos algo de artistas. Para mí este refran es una verdad como un templo, aun prescindiendo del

dictamen de los que llaman a los retransos *ecceplios chicos*. ¿Quién ha que no sepa cantar una bomba, (no de las que aplastan) disfrazada en décimas, o redondilla al fin de un convite de boda, o cumpleaños? ¿quien será el que no sepa pintar un soldado de corion, o la pared de un cuerpo de guardia, o las narices del profesor en el encerado del aula? ¿pues aqui de los podtores? De música no se hablar en oyendo que guitarras, a poco que Dios asista, cada hijo de vecino es un trovador.

Pero por la que hace al Sacristan es indudable, que tiene los tres elementos de la buena (con perdón sea dicho) algo mas desarrollados, que el resto de los profanos, es decir, que los no iniciados en los misterios artísticos. Por de contate es músico (de eso habalmente estábamos hablando) y no como quiera sino vocal e instrumental: digo más, que la música es su fuerte. Tiene visos de compositor y maestro de capilla, arregla *acomodaciones* y *glorias* púbric a dúo y a coro para el rosario, dirige sus ensayos y preside a su ejecución. Para ello tiene a sus órdenes dos chicos de la escuela, a quienes gratifica con algunas cortaduras de hoatis, y para los bajos cogacha dos o tres ecos. Designase con este nombre a los aficionados al canto llano, que en algunos pueblos acompañan al Sacristan en la salmodia, haciendo de capiscules o *socahutes*. Pero como por lo común aquellos hecerrias no saben leer de corrido, al menos en latín, se contenta con repetir la última sílaba de modo que

16-11-59

Sarmiento hablando del ejército que Chile mantiene para la Araucanía solomana y de las rentas pagadas a los caciques, todo lo que viene a ser para el país de un inmenso gravamen con ingratísimos frutos.

“Si este día fuere accidental, entrará en la categoría de los muchos accidentes desgraciados que pueden sobrevenir a una nación, pero tal cosa es hoy, es normal, permanentemente. Chile existe en paz a condición de pagar un millón de pesos anuales en vía de seguros. Lo que hoy paga y es más del tercio de su renta, lo pagará dentro de veinte años, por la misma razón de que hace veinte años que lo está pagando.”

“En el caso de Chile con respecto a Arauco, sucede una cosa singular, nueva en los fastos de las naciones cultas, y es que la paz se mantiene mediante un ejército de línea, mayor en tiempo de paz, que el que sería necesario para hacer desaparecer en otros países la causa de la guerra. Esta paz forzosa que cuesta más que una guerra abierta para de Chile, uno de los estados lindos que reconoce los derechos, la vida y la propiedad de los otros pueblos, y los habitantes de Arauco hacen profesión de no reconocer los derechos, la vida ni la propiedad de los chilenos; que el uno es un estado civilizado y cristiano, y el otro es salvaje e infiel; resultando de estas diferencias orgánicas que Chile se impone la obligación no sólo de no agredir a su vecino, sino de gastar un millón anual; mientras que el otro no gasta nada, pero no agredir, y se permite todas las veces que puede, matar y despojar a su adversario.”

Hablando según el dicho vulgar en nuestras relaciones con la Araucanía se realiza completamente la ley del embudo. Todo lo cómodo y la ventajoso está de parte de los Araucanos, quedando para nosotros todo lo que puede haber de malo de parte de un tribu salvaje que no obedece más ley, condición, ni precepto que la de su bárbaro instinto.

En nosotros los salvajes como en un pueblo civilizado encuentran garantía a su vida y sus intereses, aun no existiendo prontos tratados. Nuestras leyes de pueblo civilizado son su propia garantía, o la paz que nosotros tenemos tratados con ellos y pagándoles rentas además, nos vemos invadidos en nuestras fronteras y robados sin que podamos hacer valer nada más que un reclamo.

No hay pues aspecto bajo el que se presente la cuestión en que no seamos nosotros los perjudicados en la relación con los Araucanos.

Así cada hombre suyo es un insulto a

nuestra dignidad nacional que sin embargo no sabemos como tratarlo ni respetarlo.

“Los castigaremos en una críminosa medida por soldados Chilenos? No! Arauco no pertenece a Chile sino a la carta juncada.”

“Pediremos satisfacción en virtud de nuestros tratados con ellos y nos quejaremos como a un potencia extraño? No! Los Araucanos son salvajes y no tienen conocimiento del derecho internacional, ni del derecho de gentes ni cosa alguna de lo que es recibido en el mundo civilizado. Sólo tienen espaldas y entendederas para recibir nuestros tratados con que ellos quedan garantidos. Los suyos no los respetan, porque no entienden lo que son tratados en cuanto a observados sino en cuanto a recibir sus efectos de los pueblos civilizados que están con ellos.”

(Continuara.)

Santiago.

(DE NUESTRO CORRESPONSAL.)

Noviembre 7.

La primavera en Santiago.—Estamos en lo más riguroso de la estación primaveral. Por consiguiente Santiago que se pone como un horno es este tiempo, principia a despidiarse de día en día.

Los mapochinos tienen una pasión decidida por las diversiones campestres. Apenas acaban las primeras brisas de octubre y noviembre, la jente se pone en movimiento en distintas direcciones; cabalgatas hechas al campo a tener sinueros, bailes y conciertos; carabanas bulliciosas que van en busca del tiro de la locura. La emigración toma los caminos de Renea, Colina, San Bernardo y Chicara machales. ¿Quién se abstiene de tomar el rico moto de locura o el saleroso condoro asado?

Es tan delicioso además pasar en esta estación unos días de campo. Es tan divertida hollar la verdura, oír el gorgorío de las aves, aspirar el aroma de las flores, informarse en mil pensamientos, embobados a la sombra de los árboles o a la orilla del placentero arroyo. ¿Que mayor placer que internarse en la espesura de los bosques, vagar en ellos al acaso, detenerse en los sitios más armoniosos y volver al sencillo hogar cuando se siente estenuado de cansancio y de fatiga? Y esto sin contar con las amorosas compañías, que son las que en todo caso hacen más apetecibles estos paseos! Una salida al campo en estos días, es un sueño, es una felicidad, es una esperanza... Es avorar el gozo y el olvido.

Conceptismo, ciudad de recuerdos, de poesía y de amor, quien que te haya visto sentada en las felices del Caracol, ro-

deada de las florulas que corona el Babilio y embalsamada con los aromas de tus odoríferos bosques, quien dejara de acordarse de ti al pensar en los bosques de una naturaleza espléndida y hermosa. Los alrededores de Santiago no pueden compararse a los tuyos que son ríos y lagunas. Véase en el etc algunos jardines, algunas alamedas, algunos macchales de verdura y ornatos; pero que es en el cabo que ni delicia ni embriaga? Fatigosa la vista luego y luego con pedregos nuevos sitios en que posarse: la montaña monacina por todas partes. En tu seno, Concepción, la vista no se cansa nunca y puede estarse admirativamente en cualquier punto en que se fija.

Los santiaguinos que conocen el arido y desierto que es este territorio en su centro, aman más con placer sus montañas para subir fuera de ellos otra naturaleza más vigorosa y menos estéril; y los que no pueden hacer esto sacrifican se contentan con vagar distraídos por la alameda, el puente de palo y el tejamar. Nada digo de algunos de estos y otros lugares que solo la necesidad, a falta de otros mejores, puede haber alijado para paseo.

A la alameda solo se puede ir por ver las niñas que no siempre andan con cara de buenas mozas. Sin embargo este es el lugar más decente que posee la capital. El otro es el puente de palo. Huelga más fatiga que este? Al menos prueba el la buena piedad de Santiago, que es la de todos los pueblos, con pretensiones de hacer mucho y no hacer nada.

Apuradillo se veía al almorzar de las niñas que fuere a inspirarse el poeta de palo para decir algo bueno sobre él. Pues que, es poco verde cada vez que concurren de cuadreros, torilleros y fogateros y toda esa pedregada que sale de los lados de la Chibata a tomar en breca oportuna los aires del Mapocho? No digo esto porque esta jente sea indigna de ocupar un momento donde todas tienen derecho para hacerse un distinción de clases ni jerarquías; digo solo porque parece que ese punto y esa alameda conjunta con una terrenos que el cerro San Cristobal; se han hecho espresamente para la jente baja a jugar por la sociedad de que está formada. El puente de palo y su conjunta alameda es un verdadero molinar en que se deposita toda clase de inmundicias. El ambiente que se respira en él es tan noisioso como el de cualquier otro sitio semejante.

Las pedregosas orillas del Mapocho no tienen el aliento de cultivar; ni por la limpieza de sus aguas que son abundantes, ni por sus isletas que nada tienen

de verdor. Va uno ahí a ver rincos de basura, animales muertos, pisapodrosos, polvos andrajosos, y la diosa Jente desvergonzada haciendo sus menesteres a la luz del día y en medio de un concurso de choleros y seborrías. Juzguese ahora de los lugares de recreo que frecuenta la sociedad de Santiago, y más que todo, de las insólitas exhalaciones que ellos arrojan.

El tejamar. ¿Ha preso más melido que este? La jente se pasea por él a lo largo en un espacio en que pueden haber hasta tres personas, silenciosa y meditabunda, con aires de santarrón y como quien lleva algo entre manos. Otro público descansando sobre sus plémas, enarmando o apoyado en la muralla, saboreando las humaredas de su cigarro, se detiene contemplando con ojo y boca abierta las conusiones de volutinas o bien el aspecto árido y escarpado de los cerros fantásticos que están a la vista. Avanzando más, se perciben establos blancos, burros esquilados, pardioseros que inmodan, roviadores de especies, barberos que asean a los arrieros y comerciantes que entran y salen de la ciudad, y por fin los encerrados de las campañas vecinas que nos indican que nuestro paseo debe terminar o continuar adelante.—Terminemoslo nosotros aquí.

Ya hemos acompañado en su salida a los paseantes caballeros y pedestres; ahora regresemos a la ciudad para comprender en sus ocupaciones a los del centro.

En la ciudad es donde mejor que en ninguna otra parte está impreso el carácter de la estación primaveral. Entrados cámonas por el comercio. Las tiendas están todas cambiadas; quiero decir que no han variado de posición, sino de jeneros, jeneros de primavera o de verano. Unjenera que venga a Santiago en esto o en otro tiempo comenzará, por lo que viene a la vista, la estación en que se halla.

Paseemos a los huertos. Veogen los helados. Los helados se toman en el patio al pie de las hermosas arboledas, que a fuerza de riego y cuidado han logrado mostrarse verdes en los cajones en que están plantados. Los patios de los hoteles son ahora unos bosques de ambientes que sus dueños pueden volver donde mejor les cuadre. Para que la ilusión sea completa, solo falta que en la arena que rodeamos con nuestros pies se abra murmurante atrálla queorra puro y cristalino, y se pueblo de pájaros cantores al aspecto que ocupan las mesas y solás. En otra parte, para atraer la misma que es esta el bolsillo del consumidor, se hacen una tina, se plantan en su superficie a guisa yerbas y se le encija

cuando el Sacristán al principio del Credo arroja con todo el vigor de su pulcritud el *patrem omnipotentem*, ellos zumban por lo bajo. De este modo vienen a ser unos verdaderos *orchestras*.

El Sacristán es además músico de viento, porque el órgano, ya va V... y también de cuerda, porque las campanas se tocan con ella.

El modo de tocar el órgano es peculiar en muchos de los Sacristanes: algunos de ellos go. parecen sino que aprendieron por ciencia infusa, sin necesidad de maestros, según es la costumbre de su incomprendible contrapunto. En tales iglesias no debe haber raciones, pues huirán de tan estrepitoso ruido. Por lo que hace al órgano suele reducirse su mecanismo a un armatoste de pino sin pintar, con unos embudos a manera de trompetas (o trompetas a manera de embudos) cuyos bujos, semejantes a los de la guitarra del P. Isla suena *pían, pían*, y los agudos, *cueru-cueru-guy*. El Sacristán suele echar al órgano la culpa y este en cambio parece que se venga del artista *despidiendo* unas jemi-dos acorados, que dan idea de lo que pudo ser el concierto de los gatos, que enseñaba el italiano. Para evitar esto el Sacristán suelta con frecuencia toda la lengüetería, que no solamente llena, sino que repleta el ámbito de la iglesia, verificándose aquel latin macarrónico: *quod dicitur in scientia supletur in trompetis*.

Por desgracia el patriotismo ha metido las varices hasta en las sacristías, lo cual

hace tener que el tipo sacristanesco vaya bastardeándose. En algunas partes, el cura, que está ileccionado cosa en ayunas, por razones de disciplina y de alta economía, tiene al afectivo el gusto de ser obsequiado por un sacristán, con un *pat-pat* de patrióticos al órgano, y el trágico por a-hallidura. De modo, que al pobre cura que apenas tiene, no digo para tragar, sino simplemente para comer, se ve precisado a escuchar aquel sonsonete tan agradable para él, como los chiridos de una liana, que adelgoza los dientes de la sierra.

Rástanos considerar al Sacristán como músico de cuerda. ¿Pues que, no hay sino tocar las campanas de cualquier modo, a guisa de sonata? Nada de eso: el Sacristán se muestra en esta parte sujeto observador del método tradicional, que siendo novaxo aprendió de su predecesor. Con más facilidad abdicará quizá el órgano, que las campanas en manos inexpertas. Una imprevision de esta clase puede comprometer la tranquilidad de un pueblo, haciendo correr para apagar el fuego, en lugar de venir para acompañar el violón.

Aun cuando el Sacristán español no sea un *Quasitodo*, en uso de tocar las campanas; ni la gravedad del país le permita improvisar contraltos ni rigodones en las altas rejones de la iglesia, (literalmente el campanario) como hacen los campaneros de Bélgica y otros países, siempre necesita tener alguna práctica para atenderse a las circunstancias. Esta diferencia se echa de ver principalmen-

te entre el funeral aristocrático y el entierro de górgora. En el primer caso, el muerto tiene el gusto (a pesar de la sica que suelta estar) de ser obsequiado con un clamor majestoso y pausado, que entre una *nam-amula* y otra da tiempo para marcar la palabra; pero en el segundo apenas logra el difunto una especie de *halla-halla*, procaico como un *alegro* y semejante al fuego de guerrilla de un bando de cazadores. Ni aun los muertos logran igualdad con el Sacristán!

En las grandes festividades permite subir a la torre a todos los chicos del barrio, para que divierten a la vejeidad echando las campanas a vuelo. Esto no tiene mas inconveniente, sino que a veces los imprudentes campaneros suelen renovar el *halla-halla* procaico como un *alegro* y semejante al fuego de guerrilla de un bando de cazadores. Ni aun los muertos logran igualdad con el Sacristán!

Pero el Sacristán no es solamente artista por lo que hace a la música, sino que lo es también por lo que tiene de pintor. El es quien pinta el rodapié de la iglesia con cal y carbon de sarmiento molido, y a algún niño Jesús está bajito de color, le da en los carrillos un poco de mudo a ber-nelha. Retoca las bigotes a los judíos del monumento, restaura los caedros de la iglesia, poniéndolos por detrás parchados de papel con engrudo, y con *figurin*, a si el, será capaz de vestir a las tres Marias de boinas y al Cirneo con zaraguillos de papel.

III.

Con las bellas artes van íntimamente

colazadas las bellas letras, de lo cual podemos alegar muchas pruebas, sino bastara el anecdótico refren, que pone a los poetas entre los músicos y pintores, y un poco antes de llegar a la casa de losos. Aun con todo algunos llamaron a la poesía *divina* *loera* y puede que sea cierto, según que muchos poetas son visionarios.

En vista de esto no parecia regular, que la divina Providencia dejase al Sacristán desprovisto de tan interesante ramo de conocimientos. Así es que el Sacristán por lo común es poeta y no como quiera sino improvisador. Ojuguilo a intervenir en compañía del cura en casi todos los actos más solemnes de la vida, haria seguramente en ellos un papel harto triste, si careciese de tan brillante repertorio. En tales ocasiones, principalmente en cumidas y refrescos (de lo budo) con motivo de bodas y bateos, es cuando el Sacristán despliega de lleno su talento y se deja llevar de su astro poético. Hagante enhorabuena los convidados blancos de su buen humor y de sus palabras, digante, si se quiere, que ha estado purgándose por espacio de siete días, para prepararse al bautismo nupcial, el agua impavido en su destroz hasta poner su plato como boquete de costra de zorra. A un mismo tiempo enciende palabras para responder a todas, y locados para ocupar su dentadura, y de este modo las palabras tropiezan con los locados y los locados unas con otras.

(Conclura.)